

Concha Alós

## Maria del Mar Bonet: "Palma més llunyana"

**M**ARIA del Mar Bonet vive en la barriada de Horta, en una de las pocas calles de Barcelona en las que aún se ven jardines, árboles y una visión panorámica, allá en el fondo de la calle, con parcelas donde se cultivan coles, tomates, patatas y judías de enredadera... Parcelas, por desgracia, cada vez más menguadas, devoradas por la creciente invasión urbanística: bloques gigantescos de una fealdad osada, deprimente. Los pájaros desconcertados, tal vez, por la destrucción incontrolada de su «habitat», se refugian en lugares como éste, los alrededores de Horta, y su canto se transforma, en algún momento, en un guirigay alborozado, desmedido, que llena de trinos el pequeño jardín, la calle, colándose, incluso, a través de las paredes blancas de la casa. Estamos sentadas en un sofá con almohadones de ganchillo, de telas exóticas, de sedas de color vivo.

—¿Qué piensas del feminismo, María del Mar?

—No practico el feminismo activo, aunque me parece un movimiento muy respetable, una lucha necesaria. Lo que sí hago es trabajar para ellas cuando me lo piden. He actuado para las feministas siempre que ellas han querido, he firmado manifiestos que he creído justos, he hecho siempre todo lo que he podido para ayudarles. Claro que, aparte de esta lucha de grupo, creo de una manera muy firme en la lucha personal de cada mujer. Cada una de nosotras debe proponerse no ser un parásito, realizarse, no ser un reflejo del varón...

A nuestra derecha, apoyado en la pared, hay un piano de madera castaña cubierto por una malla bordada con perlé rojo. Hay cuadros colgados, uno de ellos es de Ulbrich. Representa un ciprés y está inspirado en la canción de María del Mar, «Cançó per una bona mort», alguna fotografía, «xiurells», una colección de jarritas de arcilla de Felanix —una artesanía ya desaparecida—. En un jarrón de vidrio se abren inflorescentes las caléndulas, hay plan-

tas por todas partes. De un tiesto ha probado un narciso de trompeta, los pétalos sedosos parecen proteger de una manera consciente los estambres agrupados, prietos, cubiertos de un polen brillante, amarillo. Unos granitos que, según como parecen insectos diminutos, desconocidos, que se han escondido allí y esperan inmóviles hasta que desaparezca un misterioso peligro.

—¿Crees que la mujer debe trabajar fuera de casa?

—Claro.

—¿Y no piensas que puede ser una carga excesiva para ella el trabajo laboral y, además, el doméstico. Ocuparse de los niños, de la ropa, de las comidas...?

—Ah, bueno. Es que eso no debe ser así. El hombre y la mujer

llegado, por primera vez, al do de pecho. «A ver, sonrei yo curiosa. Ella se aclaró la garganta y se lanzó a un escalonado y estremecido gorgorito que llegó, con toda naturalidad, a la nota más alta. Eso de que la garganta humana pueda convertirse en un instrumento musical siempre me deja pasmada. Es como ver volar a alguien, o saltar de un trapecio a otro. Me parece cosa de pájaros.

—¿Qué piensas del matrimonio?

—No creo en el matrimonio.

Creo que es una fórmula demasiado egoísta. Dos personas se encierran juntas y ahí están sus intereses, su mundo, su mezquindad... Sale lo peor de cada uno. Se comen uno al otro, se anulan. Se casa un amigo y de pronto te lo encuentras por la calle y le falta un pie o la



deben colaborar para mantener la casa y, además, deben repartirse el trabajo del hogar, cuidar entre los dos a las criaturas... El que todo esto recaiga sobre la mujer me parece una postura machista e injusta que no debe ser.

Maria del Mar tiene una voz profunda, rica en tonos y vibraciones, modulada. Una voz que, contrariamente de lo que suele ocurrir, va mejorando con el tiempo. La cantante hace ejercicios vocales cada día, estudia música... Aún recuerdo la mañana que llegó a mi casa radiante —ya tenía cuatro discos en la calle, un nombre famoso—. «Hoy —me anunció— he

nariz... Es como una antropofagia. Me aterra.

Conocí a María del Mar hace bastantes años. Yo era una muchacha recién casada, ella había empezado a vivir hacía muy poco tiempo. Era un bebé tranquilo. Se pasaba muchas horas en su cuna chupándose el pulgar y contemplando unas cortinas de terciopelo rojo que había colgado su madre en la alcoba de la calle de Pelaires, con la tierna boquita un poco entreabierto, como si los pliegues de la pieza carmesí la trasladaran a un pasmo reverencial, hondísimo. De niña parecía una pánfila. Aunque siempre tuvo una parte voraz,

obcecada y rebelde, nadie se imaginaba que un día llegara a ser «alguien», ni mucho menos que pudiera ser una cantante de fama. La primera vez que la oí cantar fue una víspera de Navidad en el bosque de Bellvert, allá en Palma. Mercedes, la madre de María del Mar, siempre tenía ideas geniales y un día que habíamos ido las dos con Juan Ramón y María del Mar, para dar un paseo se le ocurrió que podíamos enseñarles villancicos a los niños. Y allí estuvimos dos o tres horas, cantando villancicos entre los pinos. Bueno, en rigor sólo cantábamos Mercedes, María del Mar y yo. Juan Ramón se negó a cantar desde el principio. Seguramente lo encontraba ridículo. Iba unos metros rezagado, renegando de aquel grupo femenino que berreaba por el bosque. Daba patadas a una piedra y miraba al aire, hacia el solemne castillo donde estuvo prisionero Jovellanos, como poniéndolo por testigo de nuestra insania. María del Mar cantaba con su mejor buena fe y no recuerdo si lo hacía bien o mal. La verdad.

—Entonces, si todos buscamos romper nuestra soledad, que nos amen, amar... ¿Qué fórmula te parecería factible para lograr esta necesidad humana?

—No tengo ninguna fórmula. Me parece bien cualquier cosa que haga la gente: la pareja, la comuna, aunque yo de esto último no tengo experiencia. No tengo ninguna regla personal. Vivir sola me parece de momento, lo más digno. Pero esto de vivir sola no lo he escogido, ha venido así.

—¿Qué piensas del amor?

—El amor es un sentimiento que, por desgracia, no dura siempre. Empieza y se acaba. Se ve que las personas no están hechas para permanecer en una situación encerrada, en una casa cerrada. Las personas evolucionan, cambian. Sus sentimientos, también. Nada es para toda la vida, por mucho que nos empeñemos en creerlo.

Maria del Mar me enseña una mantelería que está bordando —«la bordo mientras escucho música», me dice—. Es de muchos colores, de punto mallorquín. Ahora, en una de las habitaciones de su casa, ha instalado un taller para pintar. Siempre le ha gustado pintar, una vez en Palma ganó un concurso de pintura infantil. Yo tengo un cuadro de ella que es el retrato de un gato siamés que yo le regalé. Se llamaba Mixi. Ahí lo tengo, colgado en mi dormitorio con sus ojos azules y el juego de beises de su pelaje, un poco cubista. Es un cuadro que quiero mucho, muy gracioso. El Mixi, pobrecito. Los cuadros que pinta ahora María del Mar son flores. Quizás un día haga una exposición. A mí, su pintura me parece buena. ■